

CONFERENCIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL NORTE
Antofagasta, abril 15 de 1998.

Quiero iniciar esta clase argumentando sobre objeciones que se suelen plantear en Chile a la existencia de universidades católicas. No lo hago por espíritu de polémica, sino para acoger esas dudas y porque en la segunda parte deseo entregar algunos planteamientos positivos que sean como respuestas a inquietudes reales y no como simples disquisiciones doctrinales. Es un intento de diálogo y el diálogo supone franqueza.

Por supuesto que no pretendo agotar los temas, ni el de las objeciones ni el de las respuestas.

Empiezo pues por recoger aquí algunos argumentos que se escuchan.

Se dice a menudo:

- Una universidad es de suyo una institución pluralista, que debe admitir todas las ideas, incluso las más discordantes; y este rasgo presuntamente esencial de la universidad no se concilia con el carácter confesional de una universidad católica.

- A continuación se afirma que el garante natural del pluralismo en el mundo moderno es el Estado democrático, y que es a él a quien le corresponde promover y mantener instituciones docentes que tengan aquel mismo sello.

Yo quisiera explicar entonces cuáles son los beneficios que a la sociedad chilena puede traerle la existencia de universidades católicas, y dejar insinuado por qué - si se quiere para el Estado el rol de garante del bien común - es obligatorio que él se ocupe positivamente del destino de tales instituciones.

Tomaré como punto de referencia el del pluralismo, precisamente porque él es el que hace la fuerza de los argumentos que anoté hace un momento. Y el pluralismo lo miraré en dos funciones de la universidad que son la docencia y la investigación.

- La DOCENCIA UNIVERSITARIA es parte de la educación en la sociedad, o sea de aquel gran esfuerzo por el cual ésta transmite renovándolos, los rasgos esenciales de su cultura.

Quién dice educación, dice formación, o sea no sólo la instrucción de cómo hacer o qué hacer, sino más profundamente por qué hacer lo que se hace. Esta pregunta por el por qué es la pregunta por el sentido. La pregunta por el sentido no se responde en el mismo plano que las preguntas del cómo o del para qué.

Recuerdo - tal vez muchos lo vieron - ese film excelente que fue "El puente sobre el río Kwai", protagonizado por Alec Guinness. Un oficial inglés, prisionero de los japoneses, lidera a sus compañeros de infortunio, y los impulsa a hacer una bella obra de ingeniería, un puente ferroviario sobre el río Kwai. Dificultades inmensas son vencidas con ingenio, habilidad técnica, organización y trabajo. El puente tenía por finalidad dejar pasar tropas y pertrechos de los japoneses y permitirles que derrotaran a los ingleses. La perfección técnica, humana e instrumental de la obra eran notables. Los constructores se sentían a diario más comprometidos y empeñados en ella, y sentían que estar empeñados en esa obra creativa les devolvía su dignidad. Deseaban ardientemente ese logro que estaban edificando. Y sin embargo el sentido de todo aquel esfuerzo humano y de aquel despliegue de ingenio técnico, era simplemente una traición. Estaban colaborando activamente a una futura masacre de sus propios compatriotas y a la pérdida de la guerra. Hay una medida en que ese film era como una parábola de la sociedad moderna que es capaz de hacer tantas obras magníficas con un sentido de fondo siniestro, o simplemente, sin sentido alguno.

En un plano distinto de aquel del simple quehacer y de sus explicaciones racionales, se vergue entonces la pregunta por su valoración, por su sentido.

Y T.S. Eliot nos previene:

"The greatest treason/ is to do the right deed for the wrong reason". (La más grande traición es hacer una cosa buena por una mala razón)

Para que se pueda hablar de cultura y de educación con un significado que sea distinto al del amaestramiento o la domesticación, tiene que darse la propuesta y la transmisión de un sentido, sobre el cual se afirme el hacer humano, y se afirme por ende el trabajo humano por conocer.

Dicho muy en breve, la educación católica propone un sentido que es el del carácter determinante de la persona humana, y el supremo valor de su disposición ética a construir una vida buena, con otros y en instituciones justas (P. Ricoeur). Las personas, el bien, la justicia son elementos fundamentales a la hora de caracterizar ese sentido. La indestructible consistencia de esa propuesta de sentido radica en que somos creaturas de Dios.

Sobre esa base se entiende un auténtico pluralismo, que busca entender el punto de vista ajeno, que se cuida de no tener fe ciega en los puntos de vista propios, que se esfuerza siempre en distinguir entre la equivocación y el equivocado. A comienzos del Concilio Vaticano II, alguien le preguntó al cardenal Beas, si él pensaba que el error tuviera derechos. A lo que el cardenal contestó que no, que el error no tiene derechos...para agregar de inmediato: "...tampoco los tiene la verdad..." Los derechos los tienen las personas, estén ellas en el error o en la verdad.

Un pluralismo personalista así esbozado tiene poco que ver con el pluralismo ideologizado que se insinúa a diario, según el cual todas las opiniones valen lo mismo, en cuya perspectiva se habla de "mi verdad" y "tu verdad" en el fondo, porque no hay nada que nos acerque a la verdad, y lo mejor que podemos esperar, es que un intercambio sostenido de opiniones, una conversación ininterrumpida, nos mantenga acoplados, coordinados para convivir: un pluralismo que reemplaza el interés por la verdad por un interés por el consenso, y que al final, a través de la coordinación y el acoplamiento de nuestros actos sociales, lo que busca es manipular a la sociedad: pluralismo instrumental que es agente del poder.

Pero por ese camino no se responde a la cuestión del sentido. ¿Por qué habría yo de conversar? ¿Qué valor tiene ser veraz si no existe la verdad? ¿Por qué preferir la conversación a la astucia o a la fuerza? No son preguntas "académicas": En nuestro siglo, Lenin, Hitler, Stalin, para no mencionar sino unos pocos, lideraron a naciones enteras que tomaron opciones contraria al pluralismo instrumental. Y los atroces sufrimientos que originaron, nos hacen pensar a muchos que una educación inspirada en esa suerte de pluralismo, es una educación carente de sentido.

Yo pienso que es necesario tener un sentido que transmitir para educar. Esto no limita a la Iglesia ¡por favor! la tarea educativa, pero, por paradójica, hace difícil que una tarea educativa auténtica sea asumida por el Estado Moderno. No estoy diciendo que sea imposible: pero estoy afirmando que tiene sus problemas.

Porque el Estado Moderno es una creación social muy particular.

A lo largo de los siglos de existencia de las universidades, la Corona (o el Estado) han establecido y regentado muchas universidades. Pero en el momento histórico actual se da una situación que es nueva y distinta y que depende de la noción contemporánea del Estado.

Así, la Corona (asimilable al Estado) en la Edad Media o muchos estados en la Edad Moderna, estaban imaginados de una manera casi familiar: el Rey era el padre de su pueblo, encargado de procurar su bienestar temporal y ayudarlo a alcanzar su felicidad eterna. En una versión posterior, en tiempos de la gran universidad alemana de Guillermo de Humboldt, el Estado era la cúspide ideal de la sociabilidad humana.

Podemos pensar lo que queramos de esas concepciones del Estado; pero es obvio que en ellas primaba una noción oficial sobre el hombre, la que debía ser transmitida a todo el cuerpo social por la educación.

Esta situación y su posterior evolución se ven muy claros en la historia de Chile, aunque a veces se lo quiera olvidar. Así por ejemplo en una reciente entrevista Humberto Maturana afirma que la Universidad de Chile, "...fue creada para que permita a las personas tener una visión universal del país, no una visión sesgada por una ideología o

visión política. Por eso es que es laica, en un momento en que Iglesia y Estado no estaban separados." Y al ser preguntado si en algún momento cumplió efectivamente esa misión, responde "...en el siglo pasado y a comienzos de este siglo hasta la década de los sesenta..." Yo entonces me digo: ¡por favor! ¿en el siglo pasado? ¿en la casa de Bello, y más aún en la de Domeyko?. Oigamos pues a Don Andrés Bello en persona, en su discurso de instalación de la Universidad de Chile. Perdónenme que la cita sea un poco larga, pero creo que ella muestra que el cultivo de la religión era materia esencial para los creadores de la Universidad de Chile, y sugiere que al abandonar esta ese cometido, fue la sociedad la que tuvo que impulsar establecimientos en los que ella se hiciera presente. Decía Andrés Bello hablando de la Facultad de Teología de la recién creada Universidad de Chile:

"El fomento de las Ciencias Eclesiásticas, destinado a formar dignos ministros de culto y en último resultado a proveer a los pueblos de la República de la competente educación religiosa y moral, es el primero de estos objetos y el de mayor trascendencia. Pero hay otro aspecto bajo el cual debemos mirar la consagración de la universidad a la causa de la moral y de la religión...() Importa generalizar entre la juventud estudiosa, entre toda la juventud que participa de la educación literaria y científica, conocimientos adecuados del dogma y de los anales de la fe cristiana. No creo necesario probar que ésta debiera ser una parte integrante de la educación general indispensable para toda profesión, y aun para todo hombre que quiera ocupar en la sociedad un lugar superior al ínfimo."

Más claro ponerle agua. Don Andrés Bello - como la mayor parte de los grandes fundadores de universidades, casi hasta nuestro propio siglo, ponía en la base, lo que él llamaba la religión, lo uno podría llamar más tímidamente, el sentido del hombre. La secularización progresiva de la sociedad ha conducido a una universidad neutra desde el punto de vista religioso y escéptica desde el punto de vista del sentido. Pero eso no es específicamente universitario, ni es demandado por la naturaleza de la institución universitaria. Es parte de un gran movimiento social de destierro de Dios de los espacios públicos, movimiento lamentable que no tengo aquí tiempo de analizar con más cuidado, pero frente al cual la institución universitaria en muchos sitios ha capitulado, sacrificando su rol educativo.

Hoy estamos frente a un estado instrumental, que está impedido de abrazar y defender valores que sean más grandes que él, que lo superen. En un mundo regido por el positivismo jurídico, tiene cada vez menos sentido que el estado adhiera a valores superiores y se mueva de acuerdo a ellos aunque fuera al margen o en contra de la voluntad mayoritaria de la sociedad. Incluso se advierte - especialmente en países como el nuestro - una tendencia a confundir Estado con Gobierno, y cualquier gobierno que vive en los equilibrios políticos, va a tener grandes dificultades para ser propiamente pluralista. Sólo un gran ingenuo podría decir que en América Latina y en el propio Chile, las universidades del Estado hayan sido modelos de pluralismo, porque ellas han estado sometidas a la dialéctica del poder político. Pienso entonces que hay varias instituciones - la Iglesia entre ellas - a las que les es posible ser pluralistas en un sentido

auténtico, mientras que al Estado le es difícil ejercer algo que sea más profundo que un pluralismo meramente instrumental.

- Desde el mismo ángulo del pluralismo y sus limitaciones quiero mirar ahora la INVESTIGACION CIENTIFICA, porque sigue viva en algunos círculos una versión muy superficial según la cual una institución como la Iglesia que pretende tener respuestas definitivas a algunas grandes interrogantes tiene que ser una cortapisa inaceptable para una ciencia que exige gozar de una libertad que no tenga más limitantes que los que pueden poner el propio ingenio de los investigadores o la escasez de recursos económicos.

¿Es esta una visión realista del problema?

Cuando se habla hoy de ciencia, se está hablando en general de las ciencias naturales y exactas, de las tecnologías que se relacionan con ellas o de ciencias sociales y humanidades que se han hecho tributarias de los métodos de las ciencias naturales. Estas últimas constituyen la mayor parte de aquello que la gente en general llama ciencia. Y entonces mi respuesta a la objeción es clara: un cristiano no tiene nada que oponer o que temer de las hipótesis o de las leyes científicas. No creo que exista una sola afirmación científica razonablemente establecida que entre en conflicto real con la fe cristiana. Una cosa distinta es que la aplicación o empleo de conocimientos científicos puede ser condenable. Si no aceptamos que se experimente en embriones humanos, no es por temor al conocimiento sino por respeto a los seres humanos. No tenemos que pedirle a nadie disculpas por esa actitud. Es más bien un honor tenerla. De tal modo que uno podría despachar el argumento sin darle muchas vueltas. Pero creo que perderíamos una ocasión de mirar el problema más a fondo.

Antes que nada quiero decir que la ciencia busca efectivamente la verdad, que a menudo ella formula proposiciones verdaderas, y que con las limitaciones que ella misma acepta, encuentra muchas veces la verdad.

Pero con esto no hemos dicho mucho. La ciencia moderna es un fenómeno social que suscita muchos interrogantes.

Primero, por ejemplo, ¿Quién la mueve? Las cantidades siderales de dinero que se invierten por los Estados Nacionales (pensemos en la carrera espacial, en la carrera armamentista); por las industrias farmacéutica, energética, informática; en torno de grandes decisiones políticas internacionales (asuntos de población, de medio ambiente), nos mueven a pensar. Porque habría que ser perfectamente ingenuo para no admitir que lo mejor y más avanzado de la actividad científica está trenzado con las formas más dinámicas y activas de uso del poder: ciencia para la producción, para el prestigio, para el dominio, para la guerra.

Esta situación fue prevista hace ya muchos años, en el siglo XVI cuando Francis Bacon decía frente a la nueva ciencia del Renacimiento, que saber es poder. Ese es el destino de la ciencia experimental, porque cada nuevo experimento exitoso, marca un modo nuevo de control o de manejo de la naturaleza. La verdad en ciencia se mide por su capacidad de generar control sobre los fenómenos naturales. En su conjunto entonces, la ciencia se ha ido transformando en el arma más poderosa en el seno de la humanidad, en el más fabuloso instrumento para manejar la realidad. Esta es la fascinación contemporánea por la ciencia: en todos los campos, desde la salud hasta la astrofísica ella ensancha el poder humano más allá de toda proporción.

Pero esta evolución ha cambiado un tanto el significado de la ciencia y de la técnica para la humanidad, porque el poder que ella ha adquirido por medio de la ciencia y la tecnología, supera de lejos todo lo que se hubiera podido imaginar en épocas muy recientes.

Pensemos en los más conocidos de los efectos perversos: la contaminación atmosférica, y el efecto invernadero, subproductos de la industria, y del enorme consumo de energía que demanda mover el mundo de la tecnología. Pensemos en la contaminación de las aguas, aquí en nuestros litorales, en el sur en nuestros ríos y lagos, y en sitios distantes como el Mediterráneo que se está haciendo incapaz de sustentar la vida. Pensemos en la destrucción de los bosques, el exterminio de especies y la destrucción de la biodiversidad. Esos son unos pocos de los efectos que amenazan crisis. Sin embargo, la misma técnica y la misma ciencia nos ponen en las manos herramientas para entender y superar estos desastres, nos entregan armas contra multitud de enfermedades y de plagas que antes diezaban la población del globo, y nos permiten mejorar la calidad de vida por infinidad de maneras.

El progreso tecnocientífico es siempre así: ambiguo. Tiene dos caras, una hostil y otra benévola, destruye y construye, sirve a la muerte y promueve la vida. Eso ha sido siempre así, pero hoy se advierte para efectos de corto, mediano y largo plazo, a escala planetaria, de modo que el hombre es afectado y requerido en su existencia, física, psíquica y espiritual.

El ser humano ha vivido por milenios como colocado, como puesto, en la naturaleza. Hoy, es cada vez más cierto que la naturaleza que nos rodea está modificada, condicionada, remodelada por la presencia humana. La ciudad humana ha invadido la naturaleza: esta es en verdad, cada vez más un producto de la técnica o al menos un resultado de la acción técnica.

Hace poco tiempo todavía que se podía pensar que la ciencia y la técnica eran actividades en sí moralmente neutras, cuyo desarrollo y aplicación podía solo traer beneficios a no ser que se emplearan torcidamente de modo del Hoy día vemos las cosas bajo una luz distinta: el enorme poder de que dispone el hombre por virtud de la

ciencia y la técnica, lo hacen responsable por la naturaleza, incluyendo en ella al propio futuro del hombre por el cual también nos cabe responsabilidad.

Esta responsabilidad es tanto más delicada, cuanto que muchas veces no se pueden prever todas, ni siquiera la mayor parte de las consecuencias de largo plazo de una intervención científico-técnica.

Dos ejemplos de este mediano y largo plazo.

Uno es el de las intervenciones genéticas, no sólo sobre el ser humano sino sobre otros seres vivientes, cuyos efectos podrían hacerse notorios a plazos muy largos, cuando ya los causantes estén muertos, y afectando a una humanidad que no ha nacido todavía.

Otro es el de algunos grandes trastornos sociales provocados en nuestro tiempo en Europa por los inmigrantes de Africa y de Asia. La causa de esa inmigración desproporcionada es sencillamente que la baja tasa de natalidad de los países europeos no les permite reponer su población. Y causa principal de esta baja tasa de natalidad es el empleo masivo de anticonceptivos químicos (hormonales). Así, una intervención tecnológica que no tenía cuenta de la realidad total de la sociedad humana, provoca un cambio temible en las condiciones de convivencia social. Efecto imprevisto, masivo, de mediano plazo.

Estos ejemplos deberían sugerirnos que la única manera de vivir en esta incertidumbre es impregnar el ejercicio de la ciencia y de la técnica así como su enseñanza, de la preocupación ética por la persona humana. Lejos están los tiempos de un ingenuo optimismo que hacía imaginar que el progreso es siempre bueno, que el adelanto científico-técnico es siempre beneficioso, y que cualquier duda frente a ello es signo de una mentalidad retardataria.

Hoy se nos hace evidente lo que no debió ser nunca olvidado, y es que el hombre es - casi por definición - la criatura que responde, que es responsable de sus actos, y que por lo tanto la moral y sus fundamentos antropológicos y filosóficos, no son adornos prescindibles, sino que son la fuerza vital incluso en las actividades intelectuales o científicas que pudieran aparecer más neutras. Eso es lo que nos trae a la memoria el N° 18 de Ex Corde Ecclesiae que citaré más adelante.

Pero hay aquí dos cuestiones que se suscitan de inmediato.

La primera, es que no hay nada en la ciencia experimental que le permita a ella establecer sus propios límites, enjuiciarse a sí misma. En ese sentido, la ciencia es ciega. Sólo ocasionalmente - no ella sino los científicos - se ven sacudidos como lo fue un día Oppenheimer, el creador de la bomba atómica, investigador ingenioso y profundo que había conducido una gran labor de equipo, y que al ver en el desierto de Nuevo Méjico cómo se alzaba por primera vez el hongo ominoso de la explosión, dijo: "

Hoy día los físicos hemos conocido el pecado " O sea, ¿qué sentido tiene esta actividad maravillosa que nos ha llevado tan lejos? Pregunta cuya respuesta - si es que ella existe - hay que buscarla fuera de la ciencia, por vías muy distintas de las del método experimental.

Entonces la segunda cuestión es que obviamente hay verdades, hay asuntos que se escapan al método y al alcance de la ciencia. Esta tiene que ver sólo con un aspecto de la realidad. Nunca y en ningún caso con su sentido. Nunca responderá a las preguntas sobre el "por qué" ni sobre el "para que" más profundo, preguntas que sin embargo no podemos nosotros dejar de formularnos.

La responsabilidad del hombre por el futuro de la humanidad, por este mundo que le ha sido confiado por Dios, nos exige un estudio riguroso, sistemático, apasionado, más allá de las ciencias positivas, justamente porque hay verdades fundamentales que están fuera de la óptica de estas.

Esa es la razón por ejemplo por la que los estudios humanísticos, la filosofía, la historia, las letras, asumen el carácter de una obligación central para una universidad. Y no sólo central sino también urgente. Y especialmente es de destacar la importancia de la ética y la moral, no como meras descripciones del comportamiento humano, sino como indicaciones para guiar la conducta humana. No quiero alargarme, pero es obvio que aquí la inteligencia aclarada y sostenida por la fe, tiene un aporte valioso, propio, saludable que hacer, tanto a la formación de las personas como al cultivo de las ideas y al diálogo general en la sociedad. Si ese aporte falta, esta se empobrece, de modo que ya en el solo aspecto de la fundamentación filosófica del hacer humano, encuentran su plena justificación instituciones donde se busque sistemáticamente aclarar el sentido de las acciones humanas a la luz de la Revelación Divina. Y ese puede ser una contribución esencial, insustituible de una universidad católica. Ella tiene por vocación la ciencia, pero toda la ciencia; la verdad; pero todas las formas de verdad.

Llegado a este punto, creo que conviene sistematizar lo que le aporta la Universidad Católica a la sociedad. Porque la universidad católica le es útil y aun necesaria a la sociedad.

Desde luego, lo fue históricamente. Las universidades en el mundo empezaron siendo universidades católicas. Ellas eran expresión muy importante del aporte de la Iglesia a la sociedad. Como dice Juan Pablo II, ellas nacieron "del corazón de la Iglesia".

Como recuerdo de ese origen, le quedan a la institución universitaria - y por alejada que se encuentre de su origen católico - algunos rasgos esenciales.

¿Cómo caracterizar los objetivos básicos de la Universidad en general, de cualquier universidad que aspire a ese nombre? La constitución apostólica Ex Corde Ecclesiae, dice en primer lugar que la universidad contribuye "...de modo riguroso y crítico a la tutela y desarrollo de la dignidad humana y de la herencia cultural..."

Lo primero a lo que apunta la institución universitaria es la dignidad humana.

Preguntémonos por qué o cómo puede ser esto.

Dignidad significa que el ser humano tiene un sitio distinto de todos los demás seres creados. Desde luego, como señaló Kant, la dignidad consiste en que el ser humano no puede ser tomado como medio o instrumento para nada, porque es un fin en sí mismo. Las diversas formas de explotación del hombre por el hombre, el colonialismo, la experimentación en seres humanos, el sacrificio de los derechos elementales de las generaciones presentes a un hipotético bienestar de las futuras, son todas formas de desdén por la dignidad humana que han marcado trágicamente a nuestro siglo al transformar a personas humanas en instrumentos puestos al servicio de ideologías o de ambiciones. Pero mucho más allá de la afirmación de Kant, "dignidad" significa veneración, respeto, obligación de protegerla y promoverla.

Me parece que este punto que marca la Constitución Apostólica es muy importante. Creo que nosotros, cuando pensamos en los objetivos de la universidad, pensamos en la excelencia académica, en la contribución al desarrollo, en unas cuantas nociones, todas ellas verdaderas, pero a las que tratamos de darles el primer rango, cuando en realidad tienen un rango subordinado.

Me pregunto entonces de nuevo ¿Cuál es el lazo tan especial de la universidad con la dignidad humana?.

La dignidad humana, o sea el carácter único y digno de veneración que tiene cada hombre, va unido indisolublemente a la capacidad que tiene el hombre de conocer la verdad.

Tomás de Aquino decía que el alma humana es en cierta forma todas las cosas. Y a poco que pensemos nos daremos cuenta de que todo lo que podamos pensar o saber del universo lo pensamos o sabemos porque está como asumido por el alma humana. Cada ser humano es como un centro del universo. Pero en cierta manera este centro no está contenido en el universo, porque puede tomar distancia frente a él para conocer. No está enteramente determinado por él. De una cosa determinada que es o existe, el ser humano puede decir que ella es; y de aquella que no es, puede decir que no es. Puede hacer afirmaciones verdaderas sobre el mundo. Puede conocer la verdad sobre las cosas, la verdad sobre el universo, en una medida oscura o parcial, pero real. Y es esa infinita capacidad de relacionarse con todo por medio del conocimiento lo que constituye una de las fuentes de la dignidad humana.

Pero entonces emerge la razón profunda de la educación católica y de la universidad católica. El hombre es el camino de la Iglesia, y el conocimiento es uno de los más altos atributos del hombre. Por eso es que la Iglesia se consagra con celo a la educación, y que ella ha engendrado y mantenido esta institución que es la universidad. La universidad promueve la dignidad del hombre, y la promueve precisamente por la búsqueda de la verdad que es una expresión privilegiada de la dignidad humana.

Hay un legado de la Antigüedad que la Iglesia recibió, (podríamos decir que ella lo bautizó), y que ha aplicado en forma constante por siglos. Y es que el ejercicio de algunas de las mejores facultades de la persona, se realiza mejor y en forma más perfecta si se hace en comunidad. En la educación, esa fue la práctica en la Antigüedad de las grandes escuelas filosóficas o médicas: el legado de Pitágoras, de Hipócrates y de tantos otros. Esa fue siglos más tarde la intuición de San Basilio de Capadocia al establecer el monacato cenobítico, que halló su expresión tal vez más integral en la Regla de San Benito. Ese fue el espíritu que movió a las escuelas conventuales y catedralicias que durante las Edades Oscuras y la Alta Edad Media, conservaron y perfeccionaron una herencia intelectual a la que la Iglesia le reconocía grandísimo valor. Ese fue el sentido de que en la época del desarrollo de las corporaciones, surgiera esta entidad tan especial que es la universidad donde una labor de formación intelectual rigurosa y crítica le es confiada a una comunidad de maestros y discípulos para que ella sea transmitida de generación en generación.

La verdad es buscada, alcanzada, refinada, transmitida, en el interior de una comunidad humana. Es por eso que menoscabar el derecho a la existencia de universidades católicas, es negarles a los cristianos el derecho a que ejerciten la manera en que ellos entienden la búsqueda de la verdad: es contradecir de modo craso el pluralismo.

Mientras que en su número 12, Ex Corde Ecclesiae pone como sujeto de la acción universitaria - en cualquier universidad que se precie de tal - a la comunidad académica, en su número 21 la Constitución Apostólica recalca la importancia que esto tiene para una Universidad Católica en particular. Comunidad significa que se tiene algún bien en común, y estrictamente que se tiene en común algún bien que es al mismo tiempo un encargo a cumplir, un "munus". Dice la Constitución Apostólica hablando de la comunidad universitaria: "La fuente de su unidad deriva de su común consagración a la verdad, de la idéntica visión de la dignidad humana (¡de nuevo!), y en último término de la persona y el mensaje de Cristo que da a la institución su carácter distintivo. Como resultado de este planteamiento, la comunidad universitaria está animada por un espíritu de libertad y caridad, y está caracterizada por el respeto recíproco, por el diálogo sincero y por la tutela de los derechos de cada uno. Ayuda a todos sus miembros a alcanzar su plenitud como personas humanas. Cada miembro de la comunidad a su vez coadyuva para promover la unidad y contribuye según su

propia capacidad en las decisiones que tocan a la comunidad misma, así como a mantener y reforzar el carácter católico de la institución."

Estas palabras deberían ser leídas y meditadas por todos los universitarios católicos, tratando de penetrar su quintaesencia. No hay allí ni una palabra perdida. Obviamente no puedo hacer hoy ese trabajo, y las he traído sólo para señalar cómo la exigencia natural recibida de los antiguos de buscar el saber en comunidad, es recibida y sobreelevada por la persona y el mensaje de Cristo, y se transforma en una exigencia fundamental de una universidad católica. Exigencia interna: la universidad debe tratar de ser una comunidad de estudiosos, profesores, alumnos, ayudados por esas personas indispensables que son los funcionarios. Exigencia hacia afuera: la universidad católica sabe que le aporta a la sociedad un bien trascendente y espera en consecuencia de esta, comprensión y apoyo.

Por favor no crean que estas son cosas esotéricas sin aplicación en la vida diaria. Cada clase bien hecha, bien preparada, realizada en interacción con los alumnos es un ejercicio de búsqueda de la verdad. Ella exige seriedad en el estudio, humildad, en el fondo veracidad de profesores y estudiantes, cierta abnegación por amor a la verdad. Amor a la verdad no es una frase hecha. Ama el que prefiere. Amar la verdad es preferirla. Y sabemos lo difícil que eso resulta a veces, y sin embargo, cómo puede llegar a ser una fuente verdadera de alegría.

La comunidad se constituye con seriedad, con entrega a la tarea común, no con vanos arrestos de una presunta excelencia, aceptando los derechos de todos, y aceptando la conducción de quienes están llamados a ello, porque no hay comunidad humana sin autoridad.

La construcción de una comunidad universitaria hoy día exige la puesta en obra de los más exigentes métodos de organización, administración y manejo. Si no se hace así, la comunidad se transforma en una caricatura de tal

Entonces un primer gran servicio que le puede hacer la universidad católica a la sociedad, es este de construir una comunidad que proclame y viva el servicio a la dignidad humana por el amor, la búsqueda, la enseñanza de la verdad.

Pero hay un servicio más específico.

La dignidad del hombre -hemos dicho- está ligada a la capacidad de buscar y hallar la verdad; es esa capacidad la que pone en obra la comunidad universitaria.

En nuestros días, existe una verdadera crisis acerca del sentido de la verdad.(n 4)

En primer lugar, los cambios científicos y tecnológicos muy acelerados, hacen que la imagen del mundo y de la sociedad esté cambiando continuamente. Parece que lo que

fue cierto ayer, ya no lo es hoy día, y nadie puede asegurar que vaya a ser cierto mañana lo que parece hoy día ser verdad. Así se genera una sensación de impermanencia, de escepticismo profundo frente a todas las afirmaciones más importantes y sobre todo de las más comprometedoras. Cualquiera sabe que hay algunas cosas de las que estamos razonablemente seguros porque las podemos utilizar con provecho. Pero las afirmaciones más profundas o más amplias, especialmente las que tienen que ver con el sentido del mundo o del hombre, las que tienen que ver con la relación del hombre con Dios, quedan envueltas en una nube de incertidumbre.

Si la verdad se reduce a la de las afirmaciones comprobables experimentalmente, si ella por lo tanto queda limitada a sus aplicaciones prácticas, si es siempre provisoria de tal modo que resultaría un contrasentido poner la vida por ella, entonces no puede evitarse que el hombre ponga por sobre todas las cosas su libre voluntad de escoger según su propio querer. La arbitrariedad con los más débiles, denunciada con términos de fuego por el Papa en *Evangelium Vitae*, el culto del placer, el consumismo, son los acompañantes obligados de una humanidad que pierde el sentido de la verdad.

Por eso dice *Ex Corde Ecclesiae* en el n.4 : "Nuestra época, en efecto tiene necesidad urgente de esa forma de servicio desinteresado que es el de proclamar el sentido de la verdad, valor fundamental..." "Por una especie de humanismo universal la universidad católica se dedica por entero a la búsqueda de todos los aspectos de la verdad en sus relaciones esenciales con la Verdad suprema que es Dios. Por lo cual, ella sin temor alguno antes bien con entusiasmo trabaja en todos los campos del saber..." Y más adelante en el n.15, dice que "En una universidad católica la investigación abarca necesariamente, a) la consecución de una integración del saber, b) el diálogo entre fe y razón; c) una preocupación ética y d) una perspectiva teológica..."

De aquí se advierte que el "sentido de la verdad", radica en que hay una profunda unidad en todo el mundo de lo que se puede conocer, unidad que es un reflejo del Creador. Esa unidad no está dada y evidente como una cosa obvia y sencilla. Ella exige una búsqueda laboriosa por parte de los que se saben criaturas llamadas a colaborar con el creador, y que sienten la alegría de la "...tarea privilegiada....de unificar existencialmente en el trabajo intelectual dos órdenes de realidades que muy a menudo se tiende a oponer como si fuesen antitéticas: la búsqueda de la verdad y la certeza de conocer ya la fuente de la Verdad".

Búsqueda y enseñanza de la verdad, sí. Pero de toda la verdad, y en cada caso según los métodos que se impongan, sin querer nunca violentarlos y hacerlos decir lo que no pueden decir.

Aquí antes de terminar, quiero recordar un tema que ya mencioné y que tiene que ver con la persona humana y su dignidad, la ciencia y la universidad. Dice *Ex Corde Ecclesiae* (n 18): "...puesto que el saber debe servir a la persona humana, en una universidad Católica la investigación debe realizarse siempre preocupándose de las

implicaciones éticas y morales inherentes tanto a los métodos como a los descubrimientos.. Aunque presente en toda investigación, esta preocupación es particularmente urgente en el caso de la investigación científica y tecnológica..."

Esta palabras tan sencillas son tremendamente actuales.

Una mirada superficial y algo torpe las vería como expresión de miedo a las ciencias y las técnicas, cuando ellas en realidad corresponden a la más actual, moderna valoración de su correcto alcance. Ciencia y técnica son obras del hombre. La persona humana tiene siempre una prioridad respecto de las cosas que ella misma hace. El hombre es para Dios, no para las criaturas del hombre. Estas son para el hombre. Lo que ya dije me ahorra extenderme más sobre esto.

Una universidad católica no es simplemente una empresa o acción de católicos, sino que es una acción de la Iglesia, y por lo tanto como dice la CA en el n 27, "la Universidad Católica mantiene con la Iglesia una vinculación que es esencial para su identidad institucional". Esta vinculación se establece con la Iglesia particular donde funciona la universidad, pero al mismo tiempo, dice la CA (n 27) "...estando incorporada como institución académica a la comunidad internacional del saber y de la investigación - participa y contribuye a la vida de la Iglesia asumiendo por tanto un vínculo particular con la Santa Sede en razón del servicio de unidad que ella está llamada a cumplir en favor de toda la Iglesia..." Aquí no estamos hablando principalmente de las virtudes particulares de los miembros de la universidad ni mucho menos asegurando que no hayan de haber en ella debilidades o inconsistencias en el cumplimiento de su misión de Iglesia. Lo que estoy diciendo es que la universidad debe mantener una fidelidad institucional a esa misión, y que a su vez la autoridad eclesial debe esforzarse por comprender y alentar la misión específica de la universidad católica, aun en países como el nuestro donde la escasez general de los recursos hace inevitable que una institución dedicada al cultivo intelectual y la enseñanza científica pueda parecer elitista y separada del destino de los más pobres.

Una universidad católica que es institucionalmente fiel a la Iglesia es la que se halla en óptimas condiciones para dialogar de modo fecundo con toda la cultura humana. Muchas veces se ha creído que para entablar y mantener ese diálogo, hay que disimular el carácter católico. (Eso es lo que decía con inusitada vehemencia Pablo VI a una reunión de rectores de universidades católicas: "Hay quienes piensan que una universidad católica cumple mejor su misión si debilita su carácter y exigencias de católica. Pero hoy más que nunca la Iglesia necesita de Universidades Católicas. ¡Ay de nosotros si un día lo olvidáramos!"). Cada vez que nos dejamos seducir, se encuentra uno con la amarga consecuencia de que el diálogo falla, y falla en realidad por la insinceridad en que está planteado. Católico significa *kath olon*, según la

totalidad, y según la totalidad ¿de qué? simplemente del mensaje cristiano. No se puede imponer lo católico, no se debe siquiera intentar hacerlo. Pero no se puede dejar de proponerlo, porque en esa aproximación según la totalidad, según lo universal, brilla siempre una luz que puede servirle a la sociedad, luz que si no la hacen brillar los católicos ¿quién la va a hacer brillar? Esa propuesta católica, equilibrada, sana, que tantas veces ha sido reivindicada por el curso de la historia, esa propuesta es el gran servicio educacional que la universidad católica le debe a la sociedad. "nuestra época (dice la CA, n4) tiene necesidad urgente de esta forma de servicio desinteresado que es el de proclamar el sentido de la verdad..." Servicio cultural fundamental diría yo y la CA (n3) nos recuerda que "...el diálogo de la Iglesia con la cultura de nuestro tiempo es el sector vital en el que se juega el destino de la Iglesia y del mundo en este final del siglo XX"

Quiero resumir diciendo que la universidad católica reconoce como misión la promoción de la dignidad del hombre; que específicamente actúa a través de la acción del hombre de conocer la verdad; pero no sólo verdades dispersas y que tengan utilidad práctica sino que reconoce la dignidad del hombre en su capacidad de integrar la verdad y buscar un sentido para el mundo y la vida; que procura esa integración a través de las grandes acciones formativas de la universidad que son la docencia y la investigación; que ha experimentado y afirma que la búsqueda integral de la verdad es propia de una comunidad de estudiosos; que ve a esa comunidad orgánica e institucionalmente ligada a la Iglesia, y que estima que todo ese conjunto de nociones, acciones e instituciones es un servicio real en el camino de la sociedad humana.

Termino con un breve comentario. Lo que he dicho no debe ser interpretado como una especie de ejercicio de autocomplacencia. Al escribir cada línea he sentido muy fuerte la abrumadora distancia que hay entre lo que somos y lo que deberíamos ser. Estamos como sepultados en preocupaciones cotidianas, nuestras intenciones no son sin duda lo limpias que deberían ser, nuestros actos están contaminados por nuestros egoísmos, vanidades y prejuicios. Tal vez al referirme a vicios o defectos lo que he tocado en forma inconciente son los propios míos o los de las instituciones a las que soy más cercano.. Pero ninguna convicción de que al hablar de lo que deberían ser las universidades católicas no estamos hablando de lo que son sino de lo que deberían ser, ninguna sensación de insuficiencia y de limitación, ninguna duda incluso sobre la pureza de las propias intenciones podrían ser un legítimo pretexto para callar lo que uno cree que es la verdad, sobre todo cuando la exposición de ella le es fraternalmente pedida por una institución nacida como la mía del corazón de la Iglesia, que tiene virtudes y defectos como los tiene la más, que quisiera mejorar y ser más fiel a su misión. Frente a un requerimiento así es siempre válido el llamado del Apóstol a los fieles de la Iglesia de Galacia: "Soportad, sobrellevad los unos las cargas de los otros y así cumpliréis la ley de Cristo".

En el diálogo sobre lo que deberíamos ser y tal vez no somos, se debe aclarar para todos lo que deberíamos hacer y tal vez no hacemos..

